

En el presente número de «Cuenta y Razón» nuestro propósito es presentar un elenco de publicaciones que por

vez primera van a tener un elemento de vinculación y coincidencia. En este fin de siglo individualista que nos ha tocado vivir es bien evidente el interés de nuestra sensibilidad por la narración biográfica, por las memorias o por la reflexión personal a partir de la experiencia irreplicable. Ya lo

Libros recientes de Ensayo y Ciencias Sociales

hemos advertido en más de una ocasión. Nos interesan, por supuesto, los personajes políticos de especial relevancia pero

también, incluso mucho más, aquellos intelectuales cuya vida y trayectoria nos atrae por su capacidad ya demostrada a través de la cual han sido capaces de contribuir a ofrecernos no sólo un motivo de deleite personal, sino también una elevación general del nivel de nuestra

JAVIER TUSELL

Los políticos

mpecemos, sin embargo, con los profesionales de la vida pública. En las últimas semanas han aparecido tres volúmenes importantes de otras tantas figuras de primera

magnitud en el escenario político nacional del pasado. Todos ellos tuvieron influencia y poder y su aportación ayuda sin duda a la reconstrucción del pasado común.

Podemos citar en primer lugar el libro de *Federico Silva Muñoz*, «*Memorias Políticas*», *Bar-*

celona, Planeta, 1993. Ministro de Obras Públicas en la segunda mitad de la década de los sesenta, Federico Silva Muñoz dejó durante los setenta una imagen de eficacia que, junto a un aper-turismo de significación católica, parecían prometerle un puesto relevante durante la transición a

la democracia. No fue así pero sin duda ha estado durante una década decisiva en el primer plano de la vida política española y eso hace pensar que sus memorias pueden estar dotadas de un indudable interés. En efecto, aunque carentes de revelaciones extraordinarias, las memorias de Silva no decepcionan estas esperanzas. Es preciso



Federico Suva Muñoz

hacer mención, en primer lugar, respecto a ellas el tono en que están escritas que es, sin duda, el correcto y en sí mismo revela un talante moderado y caracterizado por el deseo de llegar a la comprensión de las posiciones de los demás. Silva trata de reconstruir el pasado y no de dar de él una versión elaborada desde el presente; eso es lo que da valía histórica a su libro. Aunque en él hay capítulos enteros dedicados a los viajes ministeriales que resultan muy aburridos lo cierto es que está bien escrito y testimonia en su autor cultura y capacidad literaria. Un lector habitual de Histo-

ria, de cuestiones actuales o de política encontrará, por tanto, muy atractiva esta lectura.

Hay varios aspectos de «Memorias políticas» que un historiador puede recalcar como especialmente interesantes. Silva Muñoz fue un hombre de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas relacionado con los medios de la jerarquía eclesiástica y el Vaticano. Lo cierto es, sin embargo, que nunca representó por completo, ni tan siquiera de manera eminente, a aquel grupo en el que parecen haber abundado las discrepancias internas y las intrigas de salón. Resulta también dudoso que hubiera conseguido evitar los enfrentamientos entre la jerarquía y el régimen cuando la primera se desvinculó del segundo; algo hizo para intentarlo pero incluso si hubiera ocupado la cartera de Exteriores es dudoso que lo hubiera conseguido. Silva parece tener razón cuando afirma que en los años sesenta ya ese

mundo tenía un pie puesto, si no en la oposición, sí quizá en una transición reformista hacia la libertad.

En otro punto resulta también del mayor interés el libro de Silva y es el que se refiere a las disputas internas en el seno del régimen. La sensación que de la lectura se saca es que fueron mucho más agudas de lo que se ha solido decir, y que los alineamientos producidos en el seno del Gobierno fueron un tanto distintos de lo que se suele afirmar habitualmente. Por lo que cuenta nuestro autor, ni siquiera la presencia de Franco lograba moderar el enfrentamiento entre los ministros del régimen en pleno Consejo. Silva, por su parte, permaneció en lo esencial muy cercano a López Rodó y Carrero mientras que solió discrepar de Fraga y, sobre todo, de aquellos sectores del régimen a los que cabe atribuir la condición de añoradores del falangismo o encastillados en el sindicalismo oficial. Lo que representaba Silva, como también López Rodó, no era una versión de pura resistencia al cambio sino que en cierto modo era una versión también aperturista del régimen, aunque con las limitaciones que siempre cabe atribuir a esta palabra. Silva, en fin, considera que apartir de un determinado momento se encontró cogido entre la espada y la pared al haberse alineado con López Rodó en la crisis de 1969 en la que salió Fraga por representar una actitud distinta del grupo mayoritario en el gobierno. La verdad es que esa interpretación parece correcta pero también fue responsable el

propio Silva de la situación en que se halló a partir de ese momento en la política española. No tenía la fuerza suficiente como para imponer su propio programa y en el momento decisivo dudaba demasiado y, como consecuencia, quedaba marginado. No consiguió en 1969 el Ministerio de Asuntos Exteriores y cuando, de manera sucesiva, Arias y Suárez le hicieron ofertas quizá porque quisiera demasiada precisión en los programas o bien porque pidiera mucho poder o dudara en exceso, el hecho es que acabó automarginándose. Eso puede contribuir a explicar que evolucionara hacia una postura cada vez más cerrada. La experiencia inmediata, en la transición, con Alianza Popular, resultó para él tan insatisfactoria como la del resto de sus protagonistas.

Junto con las de López Rodó y las de Fraga las memorias de Silva Muñoz constituyen una aportación de primera fila para la Historia del régimen franquista. Lástima que la desaparición del archivo de Silva tras la muerte de su secretario impida una precisión radical y todas las aportaciones documentales que hubieran sido deseables al exministro de Obras Públicas.

Es difícil incluso imaginar un talante vital más distinto de Suva Muñoz que el del antiguo Secretario General de Presidencia durante los primeros años de gestión socialista. En *Julio Feo, «Aquellos años»*, Barcelona, Ediciones B. 1993 encontramos uno de los escasos ejemplos, por el

momento, de cultivo del recuerdo sobre los tiempos pasados que nos ha proporcionado una etapa política que hoy está concluyendo de modo inevitable. Una década es mucho tiempo pero a pesar de ello los diez años de gobierno socialista, que han producido algunos libros, no han ofrecido hasta el momento nada más que la modesta cosecha de dos buenos textos de memorias. El primero fue el de Fernando Moran, por supuesto muy interesante pero también revelador de sus discrepancias en política exterior con el Presidente del Gobierno así como de una cierta incertidumbre estratégica respecto de las materias de su competencia. Aparece ahora el de Julio Feo, un personaje al que se atribuyó con toda razón, una importancia política muy destacada en el entorno de Felipe González.

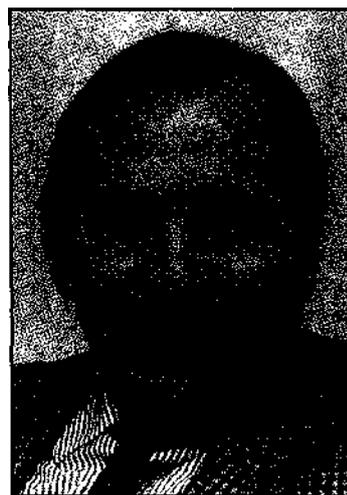
Leído el libro, la primera sensación que de él se obtiene es que es difícil encontrar personalidades más

antitéticas que las de Moran y Feo. Todo lo que en Moran es una evidente preocupación intelectual y una incertidumbre práctica se convierte en Feo en activismo despreocupado y buen humor. La verdad es que estas memorias, como todas las que pertenecen al género y son buenas, tienen el mérito de la sinceridad. No cabe la menor duda de que muchas de sus apreciaciones sobre muchas personas y no menos hechos van a ser desmentidas, incluso quizá de manera airada, por parte de quienes son aludidos. Hay buen desenfado en el libro de Feo pero sin duda para muchos van a existir motivos de queja; por ejemplo, para ese diputado del PP que en 1982 se ofreció al PSOE, ese alcalde catalán insoportablemente pesado o ese miembro de la Ejecutiva del PSOE que, siendo Secretario de Relaciones Políticas durante mucho tiempo, produjo una correspondencia consistente en una sola carta. Feo dice lo que piensa sobre las personas, incluidos los periodistas, una señal evidente de que no piensa volver a dedicarse a la política. No hay, sin embargo, en él matices crueles sino espontaneidad. El libro proporciona muchos datos importantes acerca de la historia política de la década socialista y sus antecedentes inmediatos. La propia procedencia biográfica del autor y el ambiente en que se desarrollan sus primeros contactos con el socialismo reviste un interés considerable, pero todavía es mayor su descripción de las campañas de 1977 y 1979. Resulta, por

ejemplo, muy interesante comprobar cómo en esta última fecha los socialistas que confiaban alcanzar el poder temían, además, que así sucediera y al final perdieron porque el líder de UCD les precedía en las encuestas. Sobre muchos otros aspectos, ya en el momento del ejercicio del poder, las aportaciones de Feo resultan muy interesantes. Merece la pena recordar no sólo aquellos acontecimientos que él vivió como protagonista, sino también aquellos otros de los que fue testigo o recibió información por su relevante papel en Presidencia. Por las páginas del libro pasan, en política exterior, cuestiones como la inserción de España en la política europea, el referéndum de la OTAN, las relaciones con Estados Unidos y el reconocimiento de Israel; como, en política interior, las diferentes tendencias existentes en el Gobierno, la expropiación de Rumasa, las relaciones con la prensa o el combate contra ETA y su relación con Francia. Se trata siempre de datos importantes y de primera mano sobre los que el lector tiene la sensación de que no hay doblez. Los juicios políticos, del pasado o desde el presente, son siempre inteligentes y carecen, en general, del lastre de sectarismo que con tanta frecuencia pulula por la vida pública española. Supongo que eso es debido a que a Feo le interesó e interesa mucho la política pero es capaz del suficiente despegue respecto de la misma, que le proporciona una posición profesional independiente (de «yupie socialdemócrata», como él se

autodefine) como para verla desde la neutralidad.

Hay en el libro algunos retratos, quizá siempre demasiado incompletos, de personajes y a veces se lamenta la ausencia de alguno, como el de Alfonso Guerra, con el que Feo mantuvo tan estrechas relaciones iniciales. Quizá, por ejemplo, hubiera sido bueno detenerse en la propia persona del presidente del Gobierno de quien aparecen destacados algunos rasgos, pero como de paso en vez de detenerse todo un capítulo en él. Felipe González detesta el conflicto, tiende a la melancolía y testimonia capacidad de reacción ante las dificultades. Sus relaciones de amistad -nos dice Feo- con Alfonso Guerra han sido siempre tan sólo políticas más que de carácter íntimo y personal. El libro se ha convertido desde el momento de su aparición en un instrumento capital para comprender esos años primeros de la gestión socialista. La lectura es



Julio Feo

siempre ágil, gracias al desenfado en la forma de tratar a los personajes, pero el texto peca de un exceso de longitud, sobre todo en las primeras doscientas cincuenta páginas. Hay a menudo demasiada agenda y demasiado viaje oficial y, en cambio, el lector se queda con ganas de preguntar sobre algún acontecimiento despachado, quizá, de una manera en exceso rápida. Nuestro tercer autor hubiera sido lógico que figurara al lado de Silva Muñoz pues no en vano ejerció el poder con él durante muchos años. Su libro, sin embargo, ha sido el tercero en aparecer y para emitir un juicio sobre él resulta preciso remontarse a su labor anterior de memorialista. Se trata de *Laureano López Rodó, «Claves de la transición. Memorias IV»*, Barcelona, Plaza y Janes, 1993.

Los tres tomos que hasta ahora había publicado Laureano López Rodó acerca de la Historia española

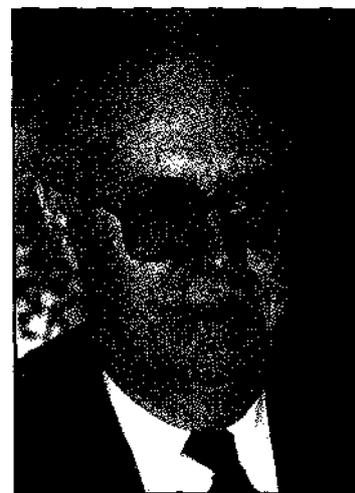
que le tocó vivir como protagonista de primera magnitud le convertían, sin duda alguna, en el principal de los memorialistas políticos del régimen del general Franco. Aunque, como es lógico, López Rodó da una interpretación personal de los acontecimientos de que fue testigo, tiene el mérito especial de apoyar siempre con sólida documentación sus afirmaciones, lo que, si a veces da una extensión desmesurada a sus libros, los convierte al mismo tiempo en piezas sólidas, incluso imprescindibles, para reconstruir la evolución política de este pasado inmediato. La diferencia con el caso de Fraga, por citar otro ejemplo, es bien notoria porque éste apenas ofrece documentación sino que se limita a una transcripción de su agenda con algunas expresivos juicios, que no siempre son ponderados. López Rodó a veces se detiene en minucias excesivas y resulta monótono, pero su solidez para quien desee conocer el pasado inmediato es incluso apabullante.

Ministro durante muchos años y convertido en mentor principal de Carrero y, a través de él, del propio Franco, Laureano López Rodó abandonó el Gobierno tras el asesinato del primero. Por tanto cabría pensar que este nuevo volumen de recuerdos, posterior a 1973, revestiría menor importancia que los anteriores. No es, sin embargo, así y ello no sólo nos ratifica el sólido interés documental de sus libros de memorias sino que, además, constituye una prueba de que

muy a menudo una persona situada en un segundo plano pero con contactos importantes puede ser una fuente histórica de primerísima importancia. Sin la menor duda, por tanto, cabe decir que este nuevo y último tomo de memorias reviste un interés semejante a los anteriores y será un elemento decisivo para rehacer la transición española a la democracia desde la perspectiva de uno de los dirigentes más importantes del régimen de Franco.

Una aportación decisiva del libro de López Rodó es el juicio que emite acerca del gobierno Arias Navarro, que resulta duro pero justificado. La crisis de 1969 había producido una división en la clase política de régimen que el asesinato de Carrero multiplicó al practicar los nuevos gobernantes en 1971 una actitud poco menos que persecutoria contra quienes habían vencido en aquella fecha. Quizá lo que explica que así sucediera es precisamente esa que podríamos denominar como victoria

excesiva lograda por López Rodó y los suyos. Pero Arias Navarro, además, tuvo como defectos complementarios, según López Rodó, la incapacidad para mantener una línea coherente y para evitar las luchas en el seno de su propio gabinete que todavía multiplicaron más aún la desunión de la clase dirigente de un régimen ya en una difícilísima situación interna. Demasiado duro con respecto a los testimonios de discrepancia (con él hubo condenas a muerte que no habían existido en tiempos de Carrero), la política económica de Arias fue desastrosa y, por si fuera poco, López Rodó le reprocha haber marginado al Rey de cualquier tipo de decisión de importancia. La crítica del exministro es, por tanto, durísima pero, aunque tenga como motivo parcial los agravios padecidos, parece justificada. Lo cierto es que cualquier juicio histórico respecto de Arias Navarro resulta coincidente con el de López Rodó.



Laureano López Rodó

Más discutible resulta, en cambio, el juicio de López Rodó acerca de Adolfo Suárez y su reforma. Como a tantas otras personas que desempeñaron cargos de primerísima importancia en un tiempo inmediatamente anterior, aquellos que hicieron la transición democrática dan sensación de parecerle a López Rodó inconsistentes y endebles en contraste con la labor realizada durante la transición. Por eso su juicio respecto de Suárez resulta negativo mezclando en él, como resulta habitual, las acusaciones de blandura respecto de la izquierda con las de insolencia intelectual. Sucede, sin embargo, que aquellas personas que en el régimen pasado habían desempeñado un papel protagonista durante muchos años por su propia sobreexposición habían quedado condenados a desaparecer en ese momento nuevo; lo mismo le sucedió a Fraga o incluso, con posterioridad, a Fernández Miranda. Quien se dio perfecta cuenta de ello (y contribuyó poderosamente a llevar a cabo este relevo generacional) fue el propio Rey, cuyo contacto con López Rodó disminuyó con el transcurso del tiempo, como este mismo testimonia. Aun perdida su centralidad en la política nacional, las memorias de López Rodó sobre el proceso constituyente guardan, en efecto, todo su interés por la minuciosidad en el relato. Merece la pena recordar de ellas, a título de ejemplo, la actitud favorable a la reforma de gentes tan identificadas con la política

del régimen anterior que no ha sido ni considerada ni agradecida, o la conciencia de todos los protagonistas de que cometieron un error en el momento de crear Alianza Popular. También merece la pena recalcar, en este libro tan útil para la reconstrucción de un pasado reciente, muchos datos relativos al proceso de elaboración de la Constitución y de la actitud de los sectores más conservadores respecto de ella, como el mantenimiento de un consejo de la Corona. López Rodó concluye, por tanto, su labor de memorialista con un libro de importancia semejante a los precedentes.

Los escritores

De los profesionales de la vida pública podemos transitar a los escritores, en los que no sólo solemos encontrar una mayor corrección literaria sino también, en definitiva, una vida más interesante y más llena de expe-

riencias que transmitir a quienes les leen. También ofrecemos a continuación una selección de tres libros de escritores que, no siendo necesariamente memorias, tienen en común la voluntad de ofrecer, al menos, la experiencia de una trayectoria personal. Se trata de dos escritores peruanos y una española,

empezamos por esta última. El libro de Soledad Puértolas, «*La vida oculta*», Barcelona, Anagrama, 1993 reviste un mérito especial por tratarse de uno de los primeros de su género en un escritor de su generación. La contraportada de este último libro de la escritora, que obtuvo recientemente el Premio Anagrama de Ensayo, no le hace justicia a su contenido. En ella se viene a sugerir que sus lectores lograrán a través de estas páginas penetrar mejor en la obra de la escritora. Por supuesto esto es cierto pero puede dar un juicio demasiado intrascendente de este libro. Lo cierto es que en él nos en-



Soledad Puértolas

contramos la transmisión de una experiencia de la vida. En este fin de siglo individualista que nos ha tocado vivir, la biografía se ha convertido en un género literario favorito. En el libro de Soledad Puértolas hay biografía pero hay también algo más genérico que es ese acto de entregar a los demás el secreto que mora tras la vida oculta del escritor. La transmisión de la experiencia de la vida que nos hacen los políticos, a través de la narración de sus viajes oficiales o de sus pequeñas disputas por motivos fútiles, nos revela su superficialidad epidérmica y, en realidad, su insignificancia pues no dominan los acontecimientos sino que parecen traídos y llevados por ellos. Por eso es mucho más interesante la experiencia de la vida de un intelectual.

Lo que sucede habitualmente en España es, sin embargo, que los escritores o los artistas en general suelen declarar concluida su transmisión de la experiencia de la vida con la obra misma (la novela o el cuadro). Eso, por supuesto, resulta legítimo y puede ser bastante pero uno ha deseado en más de una ocasión esa otra dimensión de la propia individualidad a la que sólo se accede mediante la no ficción, eso que genéricamente denominamos ensayo. Las propias memorias de los escritores, sin embargo, se suelen quedar en lo externo. Lo que confiere excepcionalidad al libro de Soledad Puértolas es que nos revela su vida oculta deteniéndose en un momento de su trayectoria como escritora.

on ello nos hace, en primer lugar, donación de su sabiduría. La primera parte del libro -«El pañuelo de seda azul»- contiene unas reflexiones acerca de lo que para ella es la novela o el cuento. Se trata de ese tipo de juicios que es difícil que un crítico literario, que no tenga la doble condición de escritor de ficción, llegue a emitir porque nacen precisamente de la experiencia de la vida propia y, por tanto, no parten tan sólo de una sabiduría libresca. Son el tipo de juicios que hacen, por ejemplo, que uno entienda mejor a Flaubert o a García Márquez después de los libros que Vargas Llosa les dedicó. Hay epígrafes del libro de Puértolas que resultan otros tantos hallazgos: su caracterización del cuento, su visión de la novela como una escena enigmática, la idea de la literatura como venganza y la final victoria de la vida sobre ella. Son muy sugerentes sus explicaciones acerca de la inevitable atracción por escribir y del final resultado que

alcanza sobre el escritor, el revelamiento de la incertidumbre de la condición humana. En la segunda parte de su libro Soledad Puértolas nos hace donación de su sensibilidad y su cultura. Se trata de un recorrido por lo que ella titula sus «afinidades», los otros escritores queridos y admirados, a veces por razones quizá algo sorprendentes pero reveladoras en el sentido de que permiten transparentar algún aspecto de la propia peculiaridad. Por supuesto el lector del libro de Puértolas a veces no comparte esos juicios pero, con más frecuencia, tiene también la sensación de que la escritora le ha abierto, a través de su experiencia de la vida, una nueva ventana a la realidad literaria del pasado o del presente. Tiene, para mi gusto, un especial interés el apartado dedicado a «El escritor a solas», es decir a sus diarios y memorias. En la tercera parte la escritora se nos ofrece a sí misma desgranando algunas claves de su obra nacidas de su propia biografía. Por supuesto, como ella misma dice, en el fondo la literatura y la vida son una misma cosa y se inventa -se fábula- a partir de lo que uno es y conoce. Pero no tiene sentido que el escritor revele de modo completo el mecanismo creador merced al que actúa y escribe. Todo debe quedar en una conveniente veladura como la que aquí se nos ofrece, con su enigma, que es el que nos obliga a seguir leyendo.

El libro de Soledad Puértolas no es sólo excepcional por su carácter sino también delicioso

a lo largo de su lectura, incluso para quienes no tengan una especial preferencia por ella como escritora. Es uno de esos libros que quizá no se lee enfrecidamente, pero sí con una delectación morosa que ansia que queden todavía páginas más adelante.

Creo que uno de los libros que habían despertado mayor interés en el público lector, antes incluso de su aparición, ha sido el de *Mario Vargas Llosa*, «*El pez en el agua*», *Barcelona, Seix Barral, 1993*. Respecto de él, además, el autor de esta reseña tiene algún recuerdo que merece la pena sacar a colación.

El rastro físico de aquella reunión todavía perdura en una de mis maletas: se trata de una etiqueta anaranjada y ya muy estropeada sobre la que las letras negras remitían al título que había recibido por parte de sus organizadores: «La revolución de la libertad». Fue en las cercanías de Lima lejos ya de aquellos llamados, con cínica metáfora, «pueblos jóvenes» en realidad barriadas grisáceas y abarrotadas de gente desastrada y miserable. Nos había convocado Mario Vargas Llosa a un grupo de amigos procedentes del mundo intelectual o de la cultura en un intento de presentar en su país el cambio de ideas producido en el mundo y que allí no había llegado. Bajo una gigantesca carpa y rodeados de un impresionante despliegue policial los invitados, entre los que estaba Jean François Revel, hablamos ante una multitud que daba la sensación de contar



Mario Vargas Llosa

entre lo más selecto de la clase dirigente peruana.

Mario narra esa reunión en el libro de memorias que acaba de publicar y que titula «*El pez en el agua*», pero yo le he oído también una conferencia con un título diverso, el que plagio aquí y me parece más apropiado para ese libro por razones que luego se explicarán. En realidad

en él, como bien sabe quien lo haya leído, se eligen como objeto de examen tan sólo dos retazos de la vida del escritor: la juventud hasta el encauzamiento definitivo de la vocación literaria propia y el período de la repentina intromisión de la política en su vida. Yo creo que la intención es precisamente acentuar ese contraste y de esa manera introducir la gran cuestión que está en el trasfondo de todo el libro: la relación entre el intelectual y la política. La prueba de ello es que no en vano viene precedido de la clásica cita de Weber: quien se dedica a la política sabe que ha sellado un pacto con el diablo porque ha entrado en un terreno en el que lo que cuenta ante todo es el poder y su disfrute. Y eso tiene muy poco que ver con las capacidades, posibilidades e incluso deseos de los intelectuales. Por eso, en realidad, durante ese período de su vida, el escritor peruano fue un angustiado pececillo que aleteaba dramáticamente sus branquias con la boca desmesuradamente abierta y la cola azotando con violencia a uno y otro lado. La cuestión en juego en este libro no es otra que la de la relación entre intelectual y vida pública. ¿Por qué diablos entró Vargas Llosa en una política que le ha proporcionado tantos gratuitos sinsabores a quien podía disponer de una vida plácida y encauzada en su creación? La narración biográfica de la gestación de su vocación literaria testimonia preocupación por lo político pero siempre desde una cierta distancia y lejanía. Ante todo lo

que en ella aparece es una apasionada voluntad de convertirse en escritor que rompe con todas las dificultades, de las cuales la primera fue la creada por su estremecedora relación con su padre. Sus intervenciones políticas fueron siempre producto de una actitud de fondo que resulta muy distinta de la de los profesionales de la política porque pretendió partir de un compromiso moral y no persiguió llevar a cabo una carrera profesional. Eso mismo explica aparentes saltos en la afiliación partidista porque a fin de cuentas siempre fue demasiado aficionado al debate de ideas como para figurar en un partido totalitario y mucho más abierto al mundo intelectual. La descripción de su trayectoria personal hasta el momento de su viaje a España, donde se convirtió de manera definitiva en escritor, está llena de frescura, de distancia y en ocasiones de ironía, incluso acerca de sí mismo. Resulta, sin la menor duda, la parte de lectura más grata y, en el fondo, más interesante.

El lector a la hora de abordar la otra parte del libro encuentra un buen reportaje acerca de su experiencia política pero, sobre todo, un descubrimiento de lo que es la profesionalización en ella. Vargas Llosa no tenía ninguna ambición en este terreno cuando tuvo su primera intervención en él; le llevaron a ella una sensación de urgencia por los males de su país, la seguridad de que una serie de reformas ancladas en ideas firmes podían solucionarlos y, quizá como única razón de interés



Bryce Echenique

personal, algo tan inocuo como un cierto deseo de aventura. Pero la política, como él mismo escribe en su libro, se le apareció pronto como lo que verdaderamente es, que nada tiene que ver con aquella de la que se lee y escribe, como él hizo hasta entonces. Esa política está hecha de «maniobras, intrigas, conspiraciones, pactos, paranoias, mucho cálculo, no poco cinismo y toda clase de (juegos)

malabares». Cualquiera que haya tenido la experiencia de la misma sabe que así es en líneas generales en todas las latitudes, con especiales vicios e inconvenientes en algunos, como él tuvo la ocasión de experimentar en sus propias carnes. El propio Vargas Llosa ha escrito que lo que debe hacer el intelectual es limitar los estropicios causados por la política, y Octavio Paz le señaló con total acierto en el momento en que inició su camino frustrado a la Presidencia del Perú que la dedicación de un escritor a la política resulta incompatible con su trabajo a medio plazo, concluye en la manipulación por parte de otros y en la frustración propia.

Pero hay a lo largo del libro de Vargas Llosa al menos una enseñanza que perdura y que no vale sólo para él ni los intelectuales. En este fin de siglo que nos ha tocado vivir la política profesional, incluso en los países con libertad, domina tantos campos, se ha convertido en algo tan miserable y carente de ideas, moralidad y buenos propósitos que una de las urgencias más evidentes consiste en reinventar la democracia. Vargas Llosa ha sufrido en sus carnes el contacto con esa política y eso por el momento le impide la vuelta a su país y le proporcionó en el pasado amargas experiencias de traición y de humillación. Pero el mensaje que en su libro nos deja es arrojarnos a la cara uno de los problemas decisivos de nuestro tiempo aunque distemos de ser capaces de solucionarlo por el momento.

Las memorias, por supuesto, ofrecen el mejor retrato de quienes las escriben. Hecha esta obvia afirmación resulta patente la distancia abismal que separa a dos escritores peruanos tan afamados como Mario Vargas Llosa y Alfredo Bryce Echeni-que cuyo «Permiso para vivir (*Antimemorias*)», Barcelona, Anagrama, 1993 nos revela una personalidad muy antitética de la del primero. Así se nos dice, además, desde el primer momento cuando el autor asegura que no le guía

otro propósito que el de «sólo preguntadme por mi condición humana y responder a ello con algunos perdurables hallazgos». En el libro se cuentan anécdotas y amores, amistades y borracheras y se hace con un tono bien-humorado y voluntariamente leve. Bryce se define como un «escéptico sin ambiciones» que por lo menos gracias a pertenecer a tal categoría ha ingresado en una de las escasas categorías inocentes de individuos que existen sobre la tierra. Como lo fundamenta para él es el «siento» y

no el «pienso, luego existo» no puede extrañar que lo que le convirtiera en uno de los últimos intelectuales dispuestos a apoyar al castrismo hayan sido sus amigos de allí o los afectos del pasado, en absoluto la ideología.

Lo que le da todo su valor al libro es, sobre todo, la sinceridad y la simpatía con las que está escrito. Para mi gusto el exceso de levedad da la dimensión de la propia literatura de Bryce, pero ésta asegura también una lectura fácil y grata.